

DISCURSOS FUNERAL JAIME GUZMÁN, 4 ABRIL DE 1991

EUGENIO CANTUARIAS

Gracias Señor, por haber dado a Chile a Jaime Guzmán. Sí, porque aún cuando el dolor irreparable que nos causa su partida y el horror que nos produce su asesinato, nos hace derramar lágrimas por nuestro amigo y conductor, no podemos olvidar, y así lo hubiera querido Jaime, que esos sentimientos se funden en una expresión de gratitud a Dios. Gracias Señor, porque diste la vida a un hombre de real selección y gracias Jaime, porque los múltiples talentos de que fuiste dotado, los entregaste íntegros por Chile y por su pueblo, hasta brindar tu noble, breve y muy fecunda vida por ellos.

Jaime Guzmán fue un líder providencial, un cristiano y ser humano excepcional. Pertenecía a una familia enraizada en la historia republicana, de una profunda religiosidad, que venía de su muy cercana vinculación con hombres de determinante actividad en la Iglesia chilena. De esta religiosidad, de su sentido de trascendencia, emanó su rasgo fundamental. Y fue así que desde muy joven, Jaime intuyó que su vida no era sólo para vivirla, si no para darle sentido profundo. Sentido que estuvo dado por Dios, que fue el centro de su existencia, y por la patria a la que entregó su vida. Fue un cristiano que dio testimonio diario de su fe, y con su palabra y ejemplo acercó a muchos a Cristo.

Y fue también un patriota que tuvo la intuición de atender los grandes problemas de Chile. ¿Cuántas causas de bien se habrían retardado o tal vez desnaturalizado, si Jaime Guzmán no hubiese estado dispuesto en la primera fila de servicio, a poner su inteligencia y coraje al servicio de ellas? Nada de lo que hizo en vida Jaime Guzmán, dejó de estar marcado por la búsqueda del bien común para Chile y sus hijos. Desde muy joven, desde su época de dirigente universitario, sintió la acuciante necesidad de poner su poderosa inteligencia al servicio de sus convicciones y ejercer un apostolado de sus ideales.

Vio antes que muchos, que el desquiciamiento moral sería el señuelo de los agentes del mal, para destruir primero a la juventud y luego a Chile. Y de inmediato luchó en la universidad contra las utopías totalizantes e igualitarias, que se desataron en nuestro país desde mediados de la década del sesenta. Más tarde, cuando en épocas de dolor la patria misma quiso ser destruida por la práctica de doctrinas materialistas y foráneas, que hoy se han derrumbado con estrépito en el mundo, Jaime fue uno de los líderes de la oposición al intento totalitario y un artífice de la liberación de la dictadura marxista.

Fue en ese tiempo, hace ya largos, pero tan cortos 22 años, que se produce mi acercamiento a Jaime Guzmán, marcado por el surgimiento en mi Universidad de Concepción -en ese tiempo cuna y expresión máxima del MIR-, de esa primera creación suya, el movimiento gremialista. Fue el inicio de una relación de una muy profunda amistad y de una jornada política, que jalonada de los más diversos matices, nos llevara a ambos en representación de nuestras respectivas regiones, con un marcado apoyo poblacional y popular, al Senado de la República.

Pero desde 1973 en adelante, comienza su período más fecundo y más creador. Su fructífero accionar en la vida pública para ayudar a construir un Chile democrático, asentado sobre un proceso económico y social, que mejorara realmente la situación de vida del pueblo chileno.

¡Cuántas razones de gratitud hay para con Jaime Guzmán! ¡Cuánta obra, pública y silenciosa, en bien de las personas! ¡Cuán inspirador fue de mucho de lo más destacado que realizara el Gobierno Militar y que hoy lleva el sello de su preocupación patriótica! Su obra, que no tuvo pausa ni vacilación, es sólo comparable a la que don Diego Portales realizara bajo el gobierno del general Joaquín Prieto. Como Portales, fue un hombre con total desinterés personal. Como Portales, no buscó los honores ni ejerció el adulo. Como Portales, construyó con gran sentido de realismo una institucionalidad destinada a sobrevivirle. Como Portales, fue asesinado por el odio y la cobardía de quienes no aceptan a los hombres superiores, ni comprenden el trascendental papel a que han sido llamados.

Adicionalmente, Jaime constituyó un testimonio y ejemplo de vida que fue descollante en todas sus multifacéticas y ricas etapas. En estas horas de profunda reflexión y dolor, en que hemos tratado de penetrar el misterio de su muerte y comprender el llamado que el Señor ha hecho a Jaime, la evocación de su persona ha sido una presencia consoladora. Cómo no recordar al valioso ser humano, al amigo comprensivo, al hombre cuya sensibilidad, cultura y generosidad, hacía que se crearan con él vínculos indelebles, como los que se tienen con un hermano. Y al reflexionar en su obra, tan trascendente y maciza, al escuchar en nuestra memoria sus palabras proféticas, hemos comprendido que Jaime perteneció a esa estirpe de hombres destinados a indicar con su vida los más altos rumbos a sus contemporáneos.

Jaime Guzmán, como su maestro Jaime Eyzaguirre, a quien siempre evocaba, como don Jorge Alessandri, a quien quiso como un padre, estaba destinado a dar testimonio de vida en la entrega a Chile y sus más altos destinos. Como ellos, los sufrimientos del país al que tanto amaba, se harían presente en su espíritu con fuerza tal, que sólo la acción permanente para guiar al Chile tan querido, podía calmarlo. Por eso hoy despedimos, quebrados por el dolor, a ese cristiano y patriota ejemplar. Y porque sembró con generosidad, somos tantos los hombres y mujeres de Chile, de distintas generaciones, que a lo largo del país nos hermanamos hoy en el dolor, pero al mismo tiempo en la decisión ineludible de recoger su legado.

Es verdad que los asesinos extremistas han quitado la vida al mejor de los chilenos, pero no pudieron matar ni su ejemplo, ni sus ideas, las que surgen hoy más fuertes que nunca, como un legado que la patria toma para sí agradecida. Como el Cid, después de muerto, Chile entero con Jaime Guzmán ganará todas las batallas por el bien de sus hijos. Por eso Jaime, recogeremos lo mejor de tu mensaje y de tu obra, impulsando tu ideario, hasta consolidar el proyecto político que nos hiciste iniciar, compartir y hacer respetar por todo Chile. Daremos cauce fecundo a esa sorda, pero serena indignación que nos conmueve, para, como tú hubieras querido, encauzar esos sentimientos y transformarlos en semilla que germina.

La mayor derrota de tus cobardes victimarios y de todos aquellos que te convirtieron en el blanco de sus balas asesinas, será ver que tu martirio no ha sido en vano, y por el contrario,

se convierten en positiva, arrolladora e incontenible fuerza vital, que prosigue tus afanes y desvelos al servicio de la patria. Lo haremos aunque en algunas trincheras, las más altas del servicio cívico a la patria, hayamos quedado solos. Tu presencia física no estará a mí lado en el Senado de la República, pero estoy seguro que desde lo alto me acompañarás para proseguir la cruzada, para llevar tu pensamiento y para hacer grande a Chile: como el resto de los Demócratas Independientes, no rehuiré esa responsabilidad.

¡Qué triste e incomprensible paradoja! Que un hombre que nadie vio siquiera con enojo, que abominó la violencia, que la combatió cuando muchos callaban, caiga víctima de ella. Pero el odio, como dijera un gran estadista, nada engendra y su práctica ofende y mata mucho al que lo practica, que a aquel que es su víctima. Los asesinos de Jaime y los que incentivaron su muerte, estarán pronto como Judas, muertos en sus propios corazones y seguramente no podrán mirar a sus seres queridos, si no en medio de horribles remordimientos. ¡Que estos los lleven a arrepentirse!

Sus amigos, los que lo conocimos y los que no tuvieron ese privilegio, estamos dolidos porque sentimos su ausencia hondamente, pero no estamos huérfanos, si no que vigorizados, porque su fe inmensa, su ejemplo y sus ideas estremecen, uniéndolo a Chile entero. No cabe tener rencor, perdonamos como Cristo y como no hace mucho su Vicario el Papa Juan Pablo II, lo han hecho. Pero sentimos el deber de exigir que nunca más se repita un hecho tan cruel e inútil. El Gobierno, las autoridades y todo quien pueda influir, tienen que reconocer que la indignación pública, que va a de norte a sur de Chile, señala que hay responsabilidades en quienes predicán el odio y en quienes se niegan a ver la realidad o recomiendan soluciones absurdas y empecinadas, o que como Pilatos les preocupa más su imagen que la verdad. Con serena preocupación, pedimos se ponga fin al terrorismo. No tiene éste destino alguno, pero los chilenos no deben sufrirlo ni un día más.

No olvidemos, desde la muerte de Jaime Guzmán, Chile no será el mismo de ayer. Su sangre de mártir, de cristiano amor por sus semejantes, servirá para que quienes no veían, tal vez ahora lo hagan y ojalá actúen. No puede olvidarse que este hombre y chileno ejemplar, que no tuvo otra meta en la vida que la de servir, en un verdadero sacerdocio laico, fue en muchas ocasiones escarnecido, criticado y tergiversado con injusticia. No es ello algo que no ocurra con los grandes hombres, pero lo destacamos porque mucha de esta incomprensión explica su asesinato.

En la historia, aunque muchos parecen olvidarlo, importan los hechos, pero más importan las causas. Las mujeres, los hombres y los niños chilenos, saben que ha partido el mejor. Todos sabrán, con la perspectiva de su muerte, cuán grandes eran sus virtudes y su actuar. Como O'Higgins, Carrera, Rodríguez, Portales, Montt, Varas, Prat, Balmaceda, Crescente Errázuriz y los Alessandri, Jaime Guzmán entra en la historia de Chile por la puerta ancha de las virtudes y del servicio. El pueblo de Chile, sabrá levantarle, en su corazón y en sus calles, el monumento que merece su personalidad y su obra y su heroico sacrificio.

¡Gracias Señor por haber dado a Chile un Jaime Guzmán!

¡Gracias Jaime, amigo, líder y ejemplo irremplazable, por el pueblo de tu patria al cual serviste con tu vida!